

que esa persona ya no sea del todo la misma. Pero insisto en que el placer, la capacidad para sentir la coincidencia entre la palabra y el cuerpo, es primordial en todo acto de lectura creativa.

Leemos para distraernos, para divertirnos, para consolarnos, para encontrar sentido, un sentido o los sentidos. Abrimos un libro a la búsqueda de algo y lo primero que encontramos es lenguaje, un cuerpo metafórico, invisible e inaudible como tal. Comenzar a leer es hacer audible y visible cada palabra, oírla, captar su significado, percibir su presencia más allá de lo que significa. El acto de la lectura poética propone, más allá de los significados concretos del texto en cuestión, una respuesta a la conciencia de sí del sujeto. Que esa respuesta se haga consciente o no es un tema distinto: no sabemos al cabo del día todos los estados que nos han alterado, que nos han hecho ser distintos a como acostumbramos a ser. Todos vivimos diariamente algún momento en el que estamos distraídos y algo o alguien nos «saca» de tal estado (ésta es la expresión con que designamos al acto de caer en la cuenta). ¿Dónde estábamos? ¿Quiénes éramos mientras estábamos o éramos distraídos? Con la lectura puede pasar lo mismo: leemos con entusiasmo unos poemas de Rilke, una y otra vez sin saber bien dónde está la causa de esa insistencia. Impelidos por el acicate intelectual resolvemos esta inquietud en varios conceptos sobre lo sagrado o numinoso en Rilke, pero ni éstos ni un centón de ideas puede apagar el sentido del poema: su sentido está más allá de sus significados, por muy plurales que éstos sean. Esa presencia irreductible y encarnadora del poema responde a nuestros sentidos conformando una imagen distinta de nosotros mismos. Volvemos al poema porque ese deseo sólo se sacia con la presencia. No nos sirve que nos digan que esa conformación lingüística significa esto o lo otro, porque lo que buscamos en el poema, sin excluir el mundo del significado, es algo más, es algo más que concepto y comunicación, es un cuerpo mismo en el que forma y significado coinciden, o más escépticamente, están a punto de coincidir. Esto que digo es tan viejo como la palabra misma. En un documentado y sugestivo libro, Pedro Laín Entralgo (*La curación por la palabra*, Madrid, 1957) nos da, entre muchos otros ejemplos, el testimonio de Galeno, el médico griego, que contaba que Asclepio ordenaba «no pocas veces a los enfermos la tarea de componer odas, piezas cómicas y canciones para corregir la desproporción o *ametria* de las emociones de su alma». Entre otras funciones, la poesía es tanto una correctora de la desproporción del sujeto como de su inercia hacia la fijeza. La poesía, lo dijeron Hölderlin, Heidegger y Octavio Paz, es una afirmación del ser: «ni yo soy ni yo más sino más ser sin yo» ha escrito el poeta mexicano. No sabemos por qué, pero en los momentos de exaltación o de abandono, de melancolía o de desasimiento, recurrimos con más

facilidad a la poesía. Y aunque generalmente no sabemos por qué, es importante saberlo para poder constituir una valoración distinta de nuestro sentido en la sociedad contemporánea. En la constitución misma de la estructura poética, de la lengua poética, hay una moral que proclama ilusoria la tiranía del yo y los rígidos e insolidarios predicados de un sujeto cada vez más aislado de lo otro y de los otros. La lengua poética no es una expulsión sino la reconciliación de la diferencia, no por tolerancia sino por reconocimiento. No es una convicción ideológica ni una norma externa la que nos lleva a ese estado, sino la revelación de ese estado la que debe conformarse en una moral. De esta forma, podríamos responder que el sentido de la poesía es devolvernos esa unidad primera que se realiza no por anulación de los contrarios o neutralización, ni siquiera por una noción esencialista, sino por confluencia en un mismo sujeto de la diversidad substantiva de todo lo viviente. Parece una tarea desmedida, pero en realidad es un asunto cotidiano y está al alcance de cualquiera. Su secreto, como la carta robada en el cuento de Poe, es pura evidencia. Pero ver, ciertamente, no parece fácil.

Viene a cuento, en esta divagación sobre los enigmas del sujeto, citar y contraponer las figuras de Jorge Luis Borges y de Octavio Paz. Probablemente sean los dos escritores de lengua española a los que más ha preocupado el tema del otro. Ambos escritores son de nuestro tiempo. Borges, la persona, es ya de otro, de un tiempo o de su ausencia donde todo este trajín del sujeto se ha disipado y con él, diríamos a la manera de un filósofo que le tocó profundamente a Borges, Schopenhauer, su mundo. El mundo del otro Borges, no el de los libros. Pero tenemos sus libros, éstos que ya le pertenecen del todo porque ha conseguido ser, con un poco de paciencia, Nadie. Ese Nadie es el verdadero autor de sus poemas y cuentos, ese nadie que, conjeturalmente lo fue siempre, es el que nos permite, permite al lector, ser el autor de sus obras, de cualquier obra. Ese Nadie es el espacio del autor que puede ser cualquier lector que, al abrir el libro abra al mismo tiempo las puertas de la imaginación. Éste ha sido siempre uno de sus temas. Si pensamos en el cuento «La busca de Averroes» (*El Aleph*, 1949) encontraremos en su conclusión lo que Borges pensaba en relación a la enigmática cuestión de qué somos. No narraré su historia, baste con recordar que Borges trata de dar un retrato del médico y filósofo árabe cuando éste se detiene frente a un problema en su comentario de Aristóteles. Al final del cuento, Averroes se mira a un espejo. «No sé —dice Borges— lo que vieron sus ojos porque ningún historiador ha descrito la forma de su cara». Averroes desaparece y con él todo su mundo. En el párrafo siguiente y último, Borges nos cuenta su intención:

Sentí, en la última página, que mi narración era un símbolo del hombre que yo fui mientras la escribía y que, para redactar esa narración, yo tuve que ser aquel hombre y que, para ser aquel hombre, yo tuve que redactar esa narración, y así hasta el infinito. (En el instante en que yo dejo de creer en él, «Averroes» desaparece.)

Antes ha puesto en boca del mismo Averroes este pensamiento típicamente borgiano: «La imagen que un solo hombre puede formar es la que no toca a ninguno». Por un lado nos dice que la operación de esa escritura supone la abolición del yo, pero al mismo tiempo ese retrato del fracaso de Averroes es un símbolo de un hombre que en algún momento de 1949, en la ciudad de Buenos Aires, inventa esa escena. No una invención, sino como él mismo diría, un descubrimiento, porque lo que sólo un hombre puede soñar no toca a nadie, y sueños o realidades que forman parte de ese hombre único que es todos los hombres, no pueden ser definidos como inventos. La crítica de la unidad del sujeto se convierte en Borges en una poética de la lectura y de la escritura. Si no vemos el rostro de Averroes no es porque no haya sido descrito por sus coetáneos, porque lo que un hombre ve al mirarse al espejo puede ser algo más que una descripción fisiológica. No, Borges hace una pequeña trampa para dejar sin rostro al personaje, porque siente que el otro es infinito, tal como dice en su confesión final, y ese pensamiento le turba. Averroes y Borges mismo, parece decirnos el escritor argentino, son sólo un momento de mi imaginación. En esa otra metáfora de la lectura y la escritura que es *El inmortal*, afirma que «no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño». En Borges, la percepción de la otredad constitutiva del ser, de la que han hablado Heidegger, Buber y Antonio Machado con brillantez, se torna casi siempre razonamiento escéptico o constatación fantástica. Es una perplejidad no exenta de melancolía; en Paz, como veremos a continuación, esa misma percepción se ve acompañada de un acto de entrega y de reconciliación: la percepción se enciende en el pensamiento y éste regresa o alcanza los sentidos en un acto de celebración. El camino que sigue Paz no es menos complicado que el del escritor argentino, y tampoco está exento de dudas, sólo que lo habita un espíritu diferente que resuelve lo solipsismos de la identidad y sus reflejos tantálicos en lo que él mismo ha definido como la revelación del instante: el cuerpo del instante. Un fragmento de *El mono gramático*, nos ahorrará divagar torpemente:

ninguna realidad es mía, ninguna me (nos) pertenece, todos habitamos en otra parte, más allá de donde estamos, todos somos una realidad distinta a la palabra yo, a la palabra nosotros,

nuestra realidad más íntima está fuera de nosotros y no es nuestra, tampoco es una sino plural, plural e instantánea, nosotros somos esa pluralidad que se dispersa, el yo es real quizá, pero el yo no es el yo ni tú ni él, el yo no es mío ni es tuyo, es un estado, un parpadeo, es la percepción de una sensación que se disipa.

Esa sensación que se disipa es el tiempo mismo, algo que está siendo y es siempre distinto. La imaginación poética nos propone, más allá de la significación de sus obras (como ocurre con los dos autores citados), una respuesta liberadora a la situación de crisis del sujeto. En un capítulo de *El arco y la lira* (1967), Paz habla del tema que nos preocupa y dice lo siguiente: «Ser *uno mismo* es condenarse a la mutilación, pues el hombre es apetito perpetuo de ser otro. La idolatría del yo conduce a la idolatría de la propiedad; el verdadero Dios de la sociedad cristiana occidental se llama dominación sobre los otros. Concibe al mundo y a los hombres como a *mis* propiedades, *mis* cosas. El árido mundo actual, el infierno circular, es el espejo del hombre cercenado de su facultad poetizante. Se ha cerrado todo contacto con esos vastos territorios de la realidad que se rehúsan a la medida y a la cantidad, con todo aquello que es cualidad pura, irreductible a género y especie: la substancia misma de la vida». El tono de todo ese capítulo es apasionado, y es tanto una apuesta por la poesía y los poderes de la imaginación como una crítica, tal vez un poco extrema, de los males de nuestro tiempo. Sin embargo, señala justamente el empeño de ser uno mismo como infierno circular y la poesía como salida del mismo. Y creo que una de las puertas de salida radica precisamente en la respuesta que aporta la poesía, y en general toda expresión creativa, a los límites del sujeto.

La escritura, la lectura poética, es, en profundidad, una dilatación de esos límites hasta confundir al sujeto con su objeto, hasta que lo visto, oído y pensado, y el sujeto mismo de tales experiencias, son una y la misma cosa.

**Juan Malpartida**



# BIBLIOTECA AYACUCHO

Las obras fundamentales de la cultura latinoamericana en ediciones críticas modernas

## ULTIMAS NOVEDADES

**Issac Pardo**

**FUEGOS BAJO EL AGUA**

Prólogo: Juan David García Bacca

Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

Bibliografía: Horacio Jorge Becco

**José Donoso**

**EL LUGAR SIN LIMITES.  
EL OBSCENO PAJARO DE  
LA NOCHE**

Prólogo, cronología y bibliografía:

Hugo Achúcar

**Germán Arciniegas**

**AMERICA, TIERRA FIRME Y OTROS  
ENSAYOS**

Prólogo: Pedro Gómez Valderrama

Cronología y bibliografía:

Juan Gustavo Cobo Borda

**Ezequiel Martínez Estrada**

**DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS ENTRE  
LOS PAISES DE AMERICA LATINA**

Prólogo: Liliana Weinberg de Magis

Cronología y bibliografía:

Horacio Jorge Becco

**Mario Vargas Llosa**

**LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO**

Prólogo y bibliografía:

José Miguel Oviedo

Cronología: José Miguel Oviedo

y María del Carmen Ghezzi

**Leopoldo Zea**

**LA FILOSOFIA COMO COMPROMISO  
DE LIBERACION**

Selección, cronología y bibliografía:

Liliana Weinberg de Magis y

Mario Magallón

## REEDICIONES

**Baldomero Sanín Cano**

**EL OFICIO DE LECTOR**

Compilación, prólogo y cronología:

Juan Gustavo Cobo Borda

**Alejandro de Humboldt**

**CARTAS AMERICANAS**

Compilación, prólogo, notas

y cronología: Charles Minguet

**José Antonio Ramos Sucre**

**OBRA COMPLETA**

Prólogo: José Ramón Medina

Cronología: Sonia García

## DE NUESTRO FONDO

**Manuel González Prada**

**PAGINAS LIBRES. HORAS DE LUCHA**

Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

**José Martí**

**OBRA LITERARIA**

Prólogo, notas y cronología: Cinto Vitier

Selección, notas: Cinto Vitier y Fina

García Marrúz

**Nicolás Guillén**

**LAS GRANDES ELEGIAS Y OTROS  
POEMAS**

Selección, prólogo, notas y cronología:

Angel Augier

**Salarrué**

**EL ANGEL DEL ESPEJO**

Prólogo, selección, notas

y cronología: Sergio Ramírez

**Arturo Uslar Pietri**

**LAS LANZAS COLORADAS Y  
CUENTOS SELECTOS**

Prólogo y cronología: Domingo Miliani

**Alonso Carrió de la Vandra**

**EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES**

Introducción, cronología y bibliografía:

Antonio Lorente Medina

**PENSAMIENTO POLITICO DE LA  
EMANCIPACION**

Prólogo: José Luis Romero

Compilación, notas y cronología:

José Luis Romero y Luis Alberto Romero

**Bartolomé de Las Casas**

**HISTORIA DE LAS INDIAS**

Edición, prólogo, notas y cronología:

Andrés Saint-Lu

**Jorge Luis Borges**

**FICCIONES. EL ALEPH.**

**EL INFORME DE BRODIE**

Prólogo: Iraset Páez Urdaneta

Cronología y bibliografía:

Horacio Jorge Becco

**Pedro Henríquez Ureña**

**LA UTOPIA DE AMERICA**

Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot

Compilación y cronología: Angel Rama

y Rafael Gutiérrez Girardot

**Augusto César Sandino**

**PENSAMIENTO POLITICO**

Selección, prólogo, notas, cronología

y bibliografía: Sergio Ramírez

**Augusto Roa Bastos**

**YO EL SUPREMO**

Introducción, cronología y bibliografía:

Carlos Pacheco

Servimos directamente pedidos a toda España, Europa y resto del mundo. Si desea recibir gratuitamente nuestro **Catálogo General** analítico y descriptivo así como **La Gaceta de Ambos Mundos**, de periodicidad semestral, puede solicitarlos por carta, telefónicamente o por fax a:

**Ambos Mundos Libros**



Entenza, 117 (Local 50)  
08015 Barcelona (ESPAÑA)

Tel. (93) 226 83 49  
Fax. (93) 226 82 89

Apartado Postal 22048  
08080 Barcelona (ESPAÑA)